



Dr. Osvaldo Puccio

*Ucrania: Y tras la guerra ¿qué?*

# Reflexiones aproximativas del nuevo orden mundial

Ya nadie duda que los planes y decisiones del gobierno ruso, como decisión colectiva, encabezado por Vladimir Putin, no han resultado del todo exitosos ni de acuerdo a lo que previeron sucedería. En su tratado sobre la guerra Margaret McMillan ya nos afirma que las “causas de las guerras pueden parecer absurdas o incoherentes, pero detrás de ellas suele haber disputas y tensiones mucho más profundas”. Mirar este conflicto en curso como un vulgar desvarío de un karateca que fue agente de la KGB ayuda a una operación de propaganda, pero en ningún caso a entender un conflicto que determinará las formas y relaciones no solo en Europa por un periodo de varias generaciones.

La “operación militar especial” que hubo de ser un golpe tan breve cómo certero para posicionar a Rusia cómo un actor central y respetado -y cómo sugiere Maquiavelo al Príncipe sobre todo temido- en el periodo actual en que se encuentra abierto el debate por la hegemonía y la preeminencia en el Orden Mundial, se ha convertido en una guerra que tiende a prolongarse “sine die”, con costos materiales sobre todo para Rusia imposibles de medir mientras discurren las acciones, con señales de sustantivo aislamiento del agresor. Ello más allá que se debe tener en cuenta que lo que está sucediendo ha transformado de manera radical y cualitativa el estado de cosas en que discurría la política internacional y la relación entre las principales potencias, las distintas esferas y las diferentes regiones de un mundo interconectado.

*La agresión rusa saltándose todas las reglas del derecho internacional y ya en el curso de la guerra respetando muy pocas de ellas subrayan el aserto de Josep Borrel diciendo “nos gusta el mundo de Kant, pero vivimos en el de Hobbes”.*

Un mundo en dónde se ponía acento el principal de su desenvolvimiento -aunque con cada vez mayores dudas e incertidumbres sobre todo entre algunas de las potencias principales- en un sistema que tendía mayoritariamente a confiar en el proceso de globalización iniciado tras el fin de la guerra fría.

No es el objetivo de este trabajo, pero es imposible no señalar en este contexto que el proceso de globalización mencionado acusaba contratendencias y circunstancias que buscaban frenarlo, reorientarlo o simplemente retrotraerlo tanto desde visiones de “izquierda cómo de derechas”. El aislacionismo antiglobalizador de Donald Trump o Boris Johnson o las regresiones autoritarias en Nicaragua, Hungría o la India por mencionar ejemplos al paso, encuentran símiles en casi todos los continentes.

De una naturaleza del todo distinta a estos ejemplos que hacen a las conductas y tendencias de la vida social es menester mencionar y subrayar la eclosión a partir de los inicios del año 20 de una pandemia que exigió a esas mismas sociedades a tomar medidas ante una situación que las colocaba en una inédita impotencia y que las obligaba a buscar soluciones ante una amenaza de la que se ignoraba casi todo y a adecuar no sólo conductas sin precedentes, sino a regular de manera diferente (no siempre cooperativa) las relaciones entre los países y los estados constatando que la interrelación y la imbricación de los vínculos podía tener consecuencias y resultados no siempre previsibles o esperados y desde luego tampoco exclusivamente positivos.

La agresión rusa saltándose todas las reglas del derecho internacional y ya en el curso de la guerra respetando muy pocas de ellas subrayan el aserto de Josep Borrel diciendo “nos gusta el mundo de Kant, pero vivimos en el de Hobbes”.

Con todo, buscar las complejas causas, motivos o razones y responsabilidades del conflicto sólo en Putin y sus desvaríos psicológicos o de personalidad es exactamente buscar la explicación errada por fácil que sea suponer que la embestida del 23 de febrero fue un asalto sin razones ni motivaciones que al menos la contextualicen.



(algún político chileno tras el golpe de 1973 solía decir que para que todos fueran inocentes era necesario que hubiese un solo culpable, huelga decir que él era el afectado)

Ello impide aproximarse a un diagnóstico del fenómeno lo suficientemente certero cómo para imaginar y construir soluciones que abran caminos a la paz y a un orden internacional en que vuelva a imperar el respeto al derecho de gentes y las instituciones que se ha dado para llevar adelante sus propósitos todas las cuales se encuentran hoy por hoy en un estado de peligrosa y amenazante debilidad, Naciones Unidas la primera de todas.

Del mismo modo ayuda a una visión completa y compleja de la situación tener en cuenta una Rusia que no obstante agresora -en esta ocasión quisiera subrayar- no se encuentra ni ha sido incontestablemente aislada por el conjunto de la comunidad internacional. Basta solo como ejemplo de este estado de cosas ver los países que se abstuvieron en la resolución del 24 de febrero en Naciones Unidas entre los que se cuentan entre otros China, India, Pakistán, Sudáfrica o Argelia -los 38 países que se abstuvieron suman alrededor de 4 mil millones de personas, más del 40% de la población total del planeta-.

El conflicto en curso, valga la obviedad, es de la mayor relevancia en la configuración de un nuevo orden mundial porque cambia, fortalece o debilita, a sus principales actores -desde luego a Rusia- y sobre todo la forma y el contenido, el escenario y los espacios, las confianzas y las cercanías o lejanías entre ellos.

En la conflagración en curso la diferencia principal con los conflictos anteriores de la post-guerra es una acción por parte de uno de los actores del proceso de cambio global en un escenario de la mayor centralidad estratégica y simbólica en las relaciones globales en prácticamente todos los planos de la vida social.

Si recurrimos a la muy sesentera dupla conceptual “centro-periferia” desarrollada con brillo por Raúl Prebisch para los efectos del desarrollo y la economía y la tomamos en préstamo para usarla en el espacio de las relaciones de hegemonía y dominio sin duda la guerra en Ucrania desatada por la invasión de ese país por parte de Rusia transgrediendo toda norma internacional es no sólo el hecho bélico más determinante ocurrido en el “centro” desde el fin de la Guerra Fría -con consecuencias probables más complejas y de largo alcance que la Guerra de los Balcanes- y se podría decir sin gran temor a exagerar, más allá aún, desde el fin de la Segunda Guerra en 1945.

En este periodo, que hemos llamado en trabajos anteriores “interregno hegemónico”, hemos sido testigos de incontables agresiones, invasiones y guerras y todas ellas con más o menos los mismos protagonistas que la que está en curso actualmente en el Este de Europa. Afganistán, Siria, Yemen y si pensamos en los acaecidos en la década inmediatamente posterior a la caída del muro cuando celebrábamos “el fin de la historia” se puede señalar los acaecidos en Georgia, Chechenia, Somalía, Ruanda, Burundí o Cénepa en nuestro inmediato vecindario algunas de ellas con dramas humanitarios de inmensas proporciones fueron o son episodios de la “periferia”.





En el “centro”, en este contexto, es imposible no mencionar muy en particular la Guerra de los Balcanes que, cómo hemos mencionado en otros trabajos, tuvo “mutatis mutandi” la paradójica función de servir como “conferencia de paz” para regular la paz lograda luego del fin de la “guerra fría”. En ella, cómo fuera desde la Conferencia de Westfalia vencedores y vencidos “acordaron” los términos de la victoria y la derrota, los espacios y las capacidades propias y permitidas.

Rusia tras el fin de la Guerra Fría fue la potencia derrotada. Una derrota de características singulares en una conflagración sin enfrentamiento abierto entre los principales contendientes que se encontraron a lo más en guerras vicarias a sus márgenes.

La implosión de la URSS significó la emergencia de casi una treintena de Estados soberanos en búsqueda de caminos y alianzas propias.

La característica del camino seguido por la mayor parte de ellos, también de Ucrania que era parte de este grupo de naciones y desde luego y con singular entusiasmo de la propia Rusia a más tardar tras el acceso al poder de Vladimir Putin fue transformarse en un sistema de capitalismo salvaje y corrupto en que las élites del nuevo poder -no pocas veces manteniendo sin solución de continuidad las del antiguo gracias a la cercanía del poder- se apropiaron de los bienes públicos, se convirtieron a la fe y se dieron a la vida ostentosa y acomplejada en Occidente que tan bien describieron los clásicos de su literatura mientras en el país iba desapareciendo cualquier atisbo de ilustración y democracia. En el caso ruso esas asignaturas por siglos pendientes en un país de cultura y potencialidades tan notables como admirables fueron borradas por el autoritarismo no obstante en algún momento parecía podrían surgir a la caída del viejo régimen.

Si es posible una digresión al tema central es notable en el debate global en torno al conflicto el apoyo con el que ha contado Putin de fuerzas que se sintieron y fueron parte de lo que teóricamente representó la antigua Unión Soviética con una algo extravagante inercia solidaria con un país que representa los valores exactamente contrarios a lo que aquella se propuso en la teoría a partir de octubre de 1917...la práctica cómo suele ser en la vida ya es otro cantar.

El fin de la guerra de los Balcanes fue entendida por Moscú como una acción humillante y que coqueteaba con hacerla desaparecer cómo actor de primera línea en el concierto internacional. En esta vuelta no han estado ausentes en autoridades de los EEUU las declaraciones en ese mismo sentido. Es imposible al enterarse de tales intenciones no recordar las consecuencias que hace un siglo tuvieron designios similares en Versalles en junio de 1919.

Rusia con las características que hemos descrito es una potencia global paradójica en tanto su base productiva está basada en un commodity, estratégico, pero commodity, con una economía muy por debajo de los otros contendientes por la centralidad hegemónica, pero con un muy potente arsenal atómico y una fuerza militar regular de gran magnitud, cuyas debilidades estructurales han tendido, sin embargo, a desnudarse en el conflicto en curso.

Tras los Balcanes y asumido Putin, Rusia se orientó estratégicamente en dos líneas principales, sustentar una base de apoyo en países pobres y en desarrollo y fortalecer su sistema de defensa con una convicción de que su seguridad estaba efectivamente amenazada. Si se miran los datos es difícil pensar que se trata sólo de percepciones sin sustento.

La expansión de la OTAN hacia el Este, para mencionar sólo un factor, acercó la alianza occidental a la que Rusia en un par de ocasiones ha pedido su ingreso en más de 1500 kilómetros a la frontera del país. No debemos olvidar que históricamente Rusia siempre ha entendido su seguridad desde la óptica de su espacio territorial y su profundidad estratégica.

La Guerra de Ucrania que más allá de su contextualización fue desatada por Rusia saltándose las normas más básicas de Derecho Internacional contemporáneo en una acción que parecía hasta que decidió llevarla a cabo una probabilidad -al menos en el espacio europeo- tan inverosímil como inesperada, terminó cambiando de manera sustantiva el escenario mundial y desatando una dinámica de impredecibles consecuencias. Las razones son de modo cierto muy diversas, pero cómo ya dijimos una determinante en su singularidad y peligrosidad es lo que en el lenguaje militar da en llamarse su “teatro de operaciones”, el espacio geográfico en que se desarrolla y las características de toda naturaleza que él reviste. Una otra muy importante es que la voluntad de Rusia -en esta ocasión el agresor- parece en sus objetivos ser volátil y cambiante con capacidad estratégica además de ampliar el conflicto.





Aunque la guerra está en curso y su fin está del todo abierto y con ello los resultados que habrá de tener la acción ya es posible constatar cambios significativos, profundos, de carácter cualitativo en el orden de cosas a nivel global.

Lo interesante es tener en cuenta que estos cambios no parecen estar sólo ni primeramente en el plano del dominio militar, geográfico o de la fuerza material en sus distintas manifestaciones, sino y mucho en la correlación de fuerzas al nivel de las visiones, los compromisos, las adscripciones y también las identidades.

Los distintos actores se han ido posicionando de una manera en que se ven y ven con perspectivas diferentes y no pocas veces novedosas muchos de los desafíos civilizatorios actuales, esos que van desde las formas y expresiones de la guerra a la manera en que se interrelacionan las redes de abastecimiento y financieras de la economía pasando por las técnicas y tecnologías de la comunicación, la información y el diálogo en y entre las sociedades hasta la manera cómo la humanidad se abastece de la energía necesaria para su subsistencia enfrentando simultáneamente las urgencias del cambio climático.

Somos un país de terremotos y la experiencia nos enseña que no tiene sentido hacer balance de daños mientras este discurre, pero sí sabemos que habrá más de algo que reconstruir.

Una de las primeras y principales urgencias será establecer y fortalecer instituciones multilaterales que constituyan autoridad y eficiencia a la hora de los problemas y desafíos que abrirá este período desde la perspectiva de la herencia de dramas humanitarios abiertos y generados por el conflicto -y desde luego no sólo por este- como temas emergentes cómo lo ha sido el COVID que tanto ha influido en el actual estado de cosas, hacer frente a los vértigos autoritarios en casi todas las regiones del planeta, construir un sistema global de seguridad humana, evitar se dispare algo así como la reedición de una „carrera armamentista y sobre todo enfrentar los desafíos múltiples del cambio climático.

Nadie en el orden global es ya el mismo luego de ese 24 de febrero, ello vale tanto para los elementos que dan contenido a lo que da en llamarse “Realpolitik” como para aquello que también en alemán se llama “Weltanschauung”.

De ambos es necesario hacerse cargo a la hora de observar lo que va sucediendo y procurar avizorar por donde irán las tendencias del desarrollo y las dinámicas del nuevo orden que podría llegar a establecerse cuando no a consolidarse.



*Fin.*



**Dr. Osvaldo Puccio**

Phd EnFilosofía  
Universidad de Humboldt de Berlín